

En la presente obra de Mila Oyarzún observamos el inteligente y natural recorte que exige toda producción novelesca no destinada a malograrse por la abundancia de banderolas poéticas y descabellado abuso de la máquina metafórica. He ahí uno de los indiscutibles aciertos que se hacen presentes en el fluir de «Cartas a una Sombra».

Escribir sobre el recuerdo supone una introversión y un deseo de recorrer en sentido inverso las propias pulsaciones. El artista bucea en sí mismo y de su fondo sentimental recoge los motivos que habrán de permitirle reconstruir con cierta deformación lo que ya fué. Mila Oyarzún ha elegido para su obra este procedimiento que constituye, en cierto modo, el armazón técnico de Proust y que tuvo en Chile brillante repercusión en la «Amortajada», magnífica «nouvelle» de María Luisa Bombal.

La autora de «Cartas a una Sombra» revela estar en la línea que reclama la continuación en el tiempo y en la valoración estética de la novela femenina. Conocedora de los recursos técnicos, a su inteligencia y esfuerzo, le está reservado el ensayo definitivo de transitar desde las limitadas zonas del lirismo doliente a las pulsaciones fuertes, a veces inarmónicas, del vivir profundo y complejo.—VICENTE MENGOD,



<https://doi.org/10.29393/At235-236-12DEGS10012>

DOCE ENSAYOS, de Ricardo A. Latcham. Imp. Mediterránea, 1944. Santiago

Entre las personas de verdadera solvencia intelectual y que, con independencia de manejos oficiales, presiden el sentido cuerdo y perdurable de nuestro progreso cultural, se distingue con toda nitidez Ricardo A. Latcham, mentalidad de vigoroso y sagaz afán deambulatorio, revelado tanto en la variada y fecunda temática de sus publicaciones como en el film de múltiple cromatismo y causticidad que singulariza su charla; o

bien, en el sólido y remozado impulso con que dicta su cátedra de Literatura en la Universidad de Chile, a la cual, en compañía de Mariano Latorre, ha impuesto armonía entre la inquietud artística y la pasión investigadora, de manera que el estudio de las letras se rige por síntesis de sensibilidad y raciocinio. Esto importa mucho, porque marca el abandono del espíritu eruditesco y gramático, cuya sequedad anulaba las inquietudes creadoras de quienes llegaban al Instituto Pedagógico con algo más de aspiraciones que las de saber si un vocablo está bien o mal empleado o si la sintaxis de una oración es correcta o incorrecta.

De la labor escrita de Ricardo A. Latcham, podemos recordar: sus crónicas literarias de mocedad reunidas en *Escalpelo*; sus notas de viajes y nerviosa visión de España en *Itinerario de la inquietud*; su análisis de una irritante realidad económica y política en *Chuquicamata, estado yanqui*; su biografía de escrupulosa documentación en *Vida de Manuel Rodríguez, el guerrillero*; su copiosa y selecta antología *Estampas de Santiago del Nuevo Extremo*; de sus prólogos, merecen citarse el inserto en *Lastarria, el hombre solo*, de Sady Zañartu y en *Don Manuel Montt*, de Januario Espinosa, y no es posible olvidar sus artículos de polémica literaria y política, que a la estricta información aparejan diluyente denuedo combativo. Recién ha publicado *Antología de escritores contemporáneos de Estados Unidos*, cuya prosa tradujo, y estos *Doce Ensayos*, objeto de nuestras líneas.

Para adentrarnos con mayor facilidad en la arquitectura e intención de este breve e inquieto libro de Ricardo A. Latcham, reseñaremos y dispondremos en grupos los títulos de su índice, lo cual nos permitirá ver que los *Doce ensayos* se insinúan a modo de sugerencias para echarse a caminar por los horizontes y las literaturas de los países hispanoamericanos, en necesario y firme intento de diferenciarlos y aproximarlos por mutua comparación de sus valores culturales, sociales y econó-

micos, ascendiendo a sus peculiares idiosincrasias en el autogiro de las novelas, cuentos, leyendas y demás obras que entregan la veta animada e insobornable de los pueblos. Primer grupo, sobre el Perú: *Meditación del ají*, *La literatura peruana*, *Novelas de la selvá* y *Tres libros peruanos*; segundo, sobre Cuba: *Dos novelas cubanas* y *Los cuentos y las novelas de Carlos Montenegro*; tercero, sobre el Uruguay: *Amorim*, *las quitanderas* y *los caminos de América*. y, cuarto, sobre Chile: *Elogio de Coquimbo*, *El Cid de Huidobro*, *Mapu de Mariana Latorre*, *Una novela de conventillo* y *Las tres colonias*.

Puesto que un artículo de diario impide un examen minucioso de cada uno de los trabajos, señalaremos únicamente los rasgos más permanentes en la producción de Ricardo A. Latcham, no desmentidos en este libro. Ellos son la observación directa, el tacto crítico y la amplitud y seguridad de conocimientos, ligados por la certera intuición para separar lo importante de lo superfluo, lo más notable reside en que el sesgo discursivo-analítico de su inteligencia no es obstáculo para mantener íntegra la viveza de lo que maneja con sus potencias a la vez disociadoras y reconstructivas. Esto es, que imperando en su mente la facilidad por la investigación erudita, posee una dosis tal de sensibilidad e imaginación de tipo ordenador que da un tono de animación precisa a sus estudios, sin caer en la clásica aridez que prestigia a ciertos pacientes estudiosos nacionales.

Ilustremos las aseveraciones anteriores. *Elogio de Coquimbo* y la *Meditación del ají*, a nuestro juicio los mejores y más alabables ensayos de este libro, emparejan digno lirismo a madura ilustración histórica, de donde se desprende su aliento de donde se desprende su aliento de poesía y realidad, por efecto de la actualización del pasado en el presente, haciendo *ver* el proceso evolutivo de lo que nos habla. Los títulos citados nos recuerdan el comentario de Latcham a *Viento de Mallines* de Latorre, donde campea igual realización de idioma y contenido.

que por desgracia no se incluyó en este volumen. Nos atrevemos a opinar que si Ricardo A. Latcham cuidase de aliar siempre las anotadas condiciones, sería el auténtico ensayista que aún no tenemos, en el pleno y honrado sentido de la palabra.

En los ensayos restantes se destaca con mayor relieve ese como enciclopedismo literario que ha adquirido Latcham con su voracidad de lector siempre atento a las vibraciones novedosas e interesantes en la marea de las letras, estaría mejor decir, con su aptitud agudísima para acoger lo decisivo. Lo relativo al Perú y a Cuba, nos demuestra cómo el autor ha captado los rasgos de máxima autenticidad y permanencia en una literatura que ahonda los trágicos problemas sociales, de un lado, y la lucha contra el primitivismo económico y social, de otro, en crudo análisis de ciertos aspectos sociológicos y presentación de la naturaleza avasalladora y selvática que opone tenaz resistencia a la semilla del hombre. El acierto de Ricardo A. Latcham consiste en descubrir a los escritores cuya obra pulsa y da semblante a lo propio, y al descubrirlos no se ciega ante sus defectos. En lo rápido de sus líneas no escapa la observación y rectificación justas, que dejan en el lector el deseo de continuar informándose por esos mismos senderos.

De los escritos sobre chilenos, *El Cid de Huidobro* deja constancia de la flexibilidad crítica de Latcham, pues ese libro está dotado de curiosas e imponderables interpretaciones, que bien fácilmente provocan la iracundia de los fanáticos por los estilos y motivos venerados por tradicionalismo opaco; y *Las tres colonias* son otro estudio que aclara y destaca como una documentación diestramente manejada disipa las confusiones en que los publicistas suelen caer; ello sin disminuir la seriedad de la publicación comentada sino en la exacta medida de su error.

Los *Doce ensayos* hay que mirarlos como embrión de algo más completo y detenido, que al mismo Ricardo A. Latcham le correspondería escribir; por ejemplo, una serie de tra-

bajos de largo aliento en torno a las características de los libros representativos de los países sudamericanos que ya los tienen con fisonomía original. Porque la cuestión no se reduce a que alguien se ponga a ejecutar esos trabajos, sino, y principalmente, que quien los inicie esté a la altura del tema. La condición de profesor universitario en Literatura Chilena, Hispanoamericana y Española, indican que Ricardo A. Latcham, dadas sus calidades intrínsecas, no sería un advenedizo en esos temas.—
G. SEPÚLVEDA.



MALTA, LA MAGNÍFICA, por *Francis Gerard*. London. Cassell

Francis Gerard es un conocido escritor de cuentos, particularmente cuentos de intriga policial, y, como a tantos otros en todas las esferas de la vida, pronto la guerra le hizo vestir el uniforme y estar listo para hacer cuanto de él se esperaba en la formidable lucha por la libertad, contra las fuerzas de la agresión y del sadismo. Su destino le condujo a Egipto y posteriormente, sin quererlo ni saberlo, a Malta, donde fué incorporado a la Oficina de Información, cuyas funciones eran aconsejar y controlar a la prensa y a la radio, emitir sus propios comunicados, mantener una vigilancia general sobre las actividades de los cines, trabajar en estrecha relación con la Censura; en resumen, una reproducción en pequeño del Ministerio de Informaciones de Londres.

Su primer contacto con esta organización fué como auxiliar del Jefe de la Oficina de Información y después se convirtió en su director. A diferencia de la mayoría de los libros de guerra «Malta, la Magnífica», está escrito no como una historia, cronológica o cosa parecida, de los hechos, sino como un bien contado relato, en estilo casi de conversación. No se hace esfuerzo alguno para subrayar el aspecto heroico de Malta.